

## **“Primer Congreso de estudios sobre el peronismo: la primera década”**

Eje temático sugerido: Sociedad y cultura

Título del trabajo: *Las tensiones de un “intelectual”*: Juan José Hernández Arregui y el primer peronismo

Nombre y pertenencia institucional de la autora: María Elena García Moral, becaria y doctoranda en Historia de la UBA.

Dirección electrónica: [maegm@yahoo.com.ar](mailto:maegm@yahoo.com.ar)

### **Introducción**

El objeto de la presente ponencia es reflexionar en torno a las modificaciones que el primer peronismo produjo en el campo intelectual -y, en menor medida, en torno a los realineamientos posteriores a 1955-, a partir de la figura de Juan José Hernández Arregui. Creemos que la trayectoria de Hernández Arregui da cuenta de una tensión entre marxismo y nacionalismo -acaso no tan singular, pero que en su caso parece haber alcanzado una resolución política temprana, aunque no puede declararse lo mismo en materia ideológica-. Asimismo, sirve para considerar el impacto de la política del gobierno peronista con respecto al control de la prensa y el aparato cultural, en el caso de los “intelectuales peronistas” que mostraban criterios quizás más críticos e independientes a nivel político-ideológico.

Nuestro punto de partida será un breve repaso de su trayectoria político-intelectual, así como de sus cinco obras mayores -y, en menor medida, de sus respectivos contextos de producción-, para luego dar paso a la reflexión en torno a la problemática relación de los intelectuales con el peronismo -que la compleja experiencia de nuestro autor ilustrará sólo en parte-. Asimismo, atenderemos a sus vínculos, polémicas y rupturas, principalmente con otros exponentes de ese singular “espacio” de la “izquierda nacional” -término cuya autoría Hernández Arregui se abroga-. Por otra parte, no faltará una breve indagación en torno a la dimensión historiografía que presenta su crítica cultural.

### **Breve itinerario político-intelectual**

Si bien Juan José Hernández Arregui nació en Pergamino, provincia de Buenos Aires, en 1912,<sup>1</sup> a los pocos años su familia se mudó a la ciudad de Buenos Aires en medio de un conflicto

---

<sup>1</sup> A la hora de intentar una aproximación sumaria a su biografía, hemos consultado los siguientes trabajos: Galasso, Norberto, *J. J. Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional,

conyugal de sus padres, que finalmente promovió el abandono paterno del hogar. A comienzos de los años treinta, inició tanto su militancia en el radicalismo yrigoyenista como sus estudios de derecho en la Universidad de Buenos Aires (en adelante UBA). Con todo, la muerte prematura de su madre suscitó el abandono de sus estudios, así como su traslado a Villa María, en la provincia de Córdoba, a instancia de la invitación de un tío.

Como es sabido, bajo las gobernaciones de los “sabattinistas” la provincia mediterránea conoció una situación excepcional en el marco de la llamada restauración conservadora que sumió en general a la Argentina en el fraude, y la corrupción y la violencia política. En Villa María, Hernández Arregui supo combinar una formación autodidacta y un empleo en la biblioteca pública, con una incipiente actividad periodística y una efímera labor literaria. Hacia 1938, se trasladó a la ciudad de Córdoba, donde conoció a su futura mujer y madre de su único hijo –Juan José–, Odilia Giraud, y retomó sus estudios universitarios, ya no en derecho sino en filosofía, hasta alcanzar el título de doctor. Mientras trabajaba en el Boletín Oficial provincial, inició sus actividades en la docencia y continuó con la labor periodística, principalmente en órganos partidarios de la corriente “sabattinista”.

En cierta forma, se puede decir que tanto su formación política como intelectual y profesional tuvo lugar en los años finales del período de entreguerras y en el marco de la guerra civil española y de la segunda guerra mundial. Al parecer, abrazó la causa republicana y la neutralista en las contiendas respectivas. Mientras en el ámbito universitario conoció el magisterio del marxista italiano Rodolfo Mondolfo, sus ámbitos de sociabilidad lo llevaron a interiorizarse en el trotskismo a través de la amistad con Esteban Rey y Alfredo Terzaga. Tampoco fue ajeno al influjo ideológico de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) y en particular a la gravitación de Raúl Scalabrini Ortiz y de Arturo Jauretche, con quienes mantuvo una amistad perenne. Ahora bien, ni la influencia de los forjistas, ni en menor medida la de los trotskistas, lo llevaron a abandonar su adhesión al radicalismo cordobés –aunque sí a entrever sus limitaciones–, que sólo transmutó con el peronismo. Con respecto a su formación marxista, sus biógrafos suelen coincidir a la hora de señalar la impronta de la versión humanística –hegeliana e historicista– de su maestro Mondolfo, y se diferencian en lo que respecta a su relación con el trotskismo, aunque lo cierto es que León Trotsky no fue un referente teórico de primer orden en sus obras posteriores.

---

1986, *passim*; Piñeiro Iñiguez, Carlos, *Hernández Arregui, intelectual peronista: pensar el nacionalismo popular desde el marxismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, pp. 13-52 y 55-107; y Tarcus, Horacio (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda”(1870-1976)*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007, pp. 305-307.

Si bien en los años cuarenta Hernández Arregui se habría opuesto a los ensayos de “Unión Democrática”, no fue hasta principios de 1947 que finalmente declinó su afiliación radical y se trasladó a Buenos Aires. En esta ocasión fue a pedido de Jauretche -que entonces era presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires-, y para desempeñarse como funcionario público -en la Cartera de Hacienda- del gobierno de Domingo Mercante en la provincia de Buenos Aires. Al poco tiempo también accedió a la docencia universitaria y secundaria,<sup>2</sup> así como a la crítica literaria en Radio del Estado. Sin embargo, como al parecer se sintió vigilado y fue acusado de “infiltrado” por algunos sectores de la burocracia peronista, a comienzos de la década del cincuenta decidió renunciar a la gestión pública y refugiarse en la docencia.

Ahora bien, su situación empeoró luego del derrocamiento del peronismo, cuando la autodenominada “revolución libertadora” lo dejó sin sus cargos docentes y fue detenido en varias ocasiones. Entonces apoyó ciertas iniciativas de resistencia política-ideológica, como la de Jauretche que publicaba el periódico *El 45*, y retomó el contacto con Rey que dirigía *Lucha Obrera*. Con todo, se abrió un período estimulante para sus obras de mayor aliento. Entre 1957 y 1972 publicó sus cinco obras mayores -*Imperialismo y cultura*, *La formación de la conciencia nacional*, *¿Qué es el ser nacional?*, *Nacionalismo y liberación*, *Peronismo y socialismo*-, que contaron con sucesivas reediciones, a pesar de haber sido en general ignoradas por la gran prensa. Se trata de una serie de ensayos dedicados a la historia de la cultura y la política -principalmente- argentina, desde una perspectiva crítica que intenta aunar el nacionalismo y el marxismo. En cierta forma, es posible afirmar que se convirtió en un referente intelectual para los abogados Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, así como para los artistas como Ricardo Carpani -del Grupo Espartaco-, entre tantos otros. De hecho, fue uno de los ensayistas más influyentes para buena parte de los jóvenes intelectuales y universitarios de los años sesenta y setenta. Por lo demás, en sus giras por las provincias dictó conferencias ante obreros y estudiantes, y ensayó un acercamiento a las organizaciones y dirigentes obreros, como Amado Olmos y Miguel Gazzera, que era director del semanario *Descartes*, así como también participó en ciclos de debate.

Por otra parte, ante la retirada de Pedro Eugenio Aramburu y el triunfo en elecciones con proscripción del radical intransigente Arturo Frondizi, Hernández Arregui volvió a la crítica periodística, sobre todo en la revista *Qué sucedió en siete días*, y luego en *Santo y seña*. A comienzos de los años sesenta, la crisis del frondicismo y la política pendular de Perón favorecieron

---

<sup>2</sup> Al parecer, se desempeñó como profesor adjunto de Introducción a la Historia, como titular de Cultura Contemporánea, y como director de Lectura y Comentario de Textos Históricos, de Técnica de la Investigación Histórica y del Instituto de Historia de la Cultura en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata; como auxiliar de Sociología en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (UBA); y como titular de Historia del Arte en el Colegio Nacional de La Plata.

la difusión de las ideas de la corriente denominada “izquierda nacional” –en la que nuestro autor se autoinscribía- y la creación de espacios propios -a través fundamentalmente de libros, publicaciones periódicas como *El Popular* y *Política*, y editoriales como Coyoacán-, aunque también empezaron a manifestarse las principales diferencias y algunas rupturas. Mientras algunos exponentes abogaban por una organización partidaria independiente, que un sector finalmente concretó en 1962 con la fundación del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (en adelante PSIN) bajo la égida de Jorge Abelardo Ramos, Hernández Arregui defendía una ubicación necesariamente intraperonista para la izquierda nacional. A lo sumo, propició la creación de centros “ideológicos”, no partidarios, que en parte encarnó la experiencia –por cierto, efímera- de CONDOR (Centros Organizados Nacionales de Orientación Revolucionaria) en 1964.

Entre tanto, nuestro autor mantuvo correspondencia con Juan Domingo Perón, que suscribió sus libros como aportes a la doctrina peronista; integró en 1969 la Comisión por la Afirmación Nacional, junto con José María Rosa y Jauretche; y tomó contacto con un grupo de jóvenes oficiales nacionalistas –entre los que revistaba el teniente Francisco Julián Licastro-, que luego fueron sumariados. A comienzos de los años setenta y a medida que aumentó su exposición pública, ni siquiera sus reservas frente a la lucha armada lo libraron de sufrir un atentado en su casa. Con todo, en noviembre de 1972 formó parte de la comitiva que acompañó a Perón en su temporal retorno. A partir de entonces, prácticamente se convirtió en un espectador de la transición política y de las presidencias peronistas, en la medida que no fue convocado a participar en el gobierno. No obstante, fue distinguido como profesor emérito de la UBA por el entonces rector, Rodolfo Puiggrós, y lanzó la revista *Peronismo y socialismo*. Sin embargo, Perón había tomado partido por la ortodoxia y luego de su muerte los enfrentamientos al interior del peronismo ganaron la escena. Al parecer, Hernández Arregui no fue ajeno al desconcierto que ese posicionamiento generó en los sectores juveniles y de izquierda del movimiento, y decidió publicar nuevamente la revista, pero con un nuevo nombre: *Peronismo y liberación*. Como sugiere Carlos Piñeiro Iñíguez, a pesar de este intento tardío por ser aceptado como peronista, se convirtió en uno de los blancos de la Triple A. Finalmente, a pedido de su familia, en 1974 se trasladó a Mar del Plata, donde al poco tiempo falleció a causa de un problema cardíaco. Eduardo Romano reconoció, entonces, su aporte a la “nacionalización mental de las capas medias intelectuales y a la clarificación ideológica de la clase trabajadora”.<sup>3</sup>

#### **En torno a sus obras y contextos<sup>4</sup>**

---

<sup>3</sup> Romano, Eduardo, “Hernández Arregui: un pensador nacional”, en *Crisis*, N° 19, noviembre de 1974. p. 28.

<sup>4</sup> Aunque excede los alcances del presente trabajo, nos parece conveniente proponer para futuros análisis la puesta en correlación de sus libros con las obras contemporáneas de Puiggrós y de Ramos, como *Historia crítica de los partidos*

En 1957, Hernández Arregui publicó por la editorial Amerindia –perteneciente a Ramos- *Imperialismo y cultura (la política en la inteligencia argentina)*, cuya elaboración había empezado, según su propio testimonio, luego de la caída de Perón y en condiciones de producción adversas, en la medida que habría sido encarcelado a raíz de la revolución del general Juan José Valle en junio de 1956.<sup>5</sup> Más allá del capítulo inicial dedicado a la literatura principalmente europea y norteamericana, en esta obra el autor se centra en la producción literaria argentina del siglo XX desde una perspectiva generacional y crítica que cuestiona el papel del “imperialismo” a nivel cultural.<sup>6</sup> Su crítica apunta a la función “antinacional” del grupo que se nucleaba en torno a la revista *Sur*, a su “pretendido apoliticismo” y a su “dominio cultural” del país, y en particular a la figura de Jorge Luis Borges y su “literatura sometida”. Asimismo, arremete contra la labor de Eduardo Mallea y de Ezequiel Martínez Estrada. Frente a esta literatura de “elite”, reivindica –no sin matices y ambigüedades– el realismo literario de Roberto Arlt y Manuel Gálvez, a Leopoldo Lugones, y sobre todo la obra de Scalabrini Ortiz. Por otra parte, en los capítulos finales denuncia el accionar de las elites intelectuales luego de la caída de Perón y su connivencia con el gobierno de la “Revolución Libertadora” y el imperialismo inglés, así como su influjo ideológico en las clases medias, y en especial en la intelectualidad “pequeño-burguesa” ejemplificada a través de la figura de Ernesto Sábato. Finalmente, la obra se cierra con un llamado a favor de la construcción de una cultura hispanoamericana como garantía de unidad y de liberación.<sup>7</sup>

---

*políticos argentinos y Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, entre otras. Cabe aclarar que a diferencia de los trabajos de Hernández Arregui, aquellas fueron objeto de profundas –aunque a veces graduales– reelaboraciones.

<sup>5</sup> Hernández Arregui, Juan José, “Advertencia a la II edición”, en *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, pp. I-III. Según recuerda Arturo Peña Lillo, la persecución política tuvo como correlato la marginación profesional y/o laboral, y la depresión para muchos simpatizantes peronistas. Al parecer, nuestro autor no fue una excepción, pero su angustia se vio compensada entonces por la compañía y el estímulo de Ramos para que terminara la obra. Peña Lillo, Arturo, *Memorias de papel. Los hombres y las ideas de una época*, Buenos Aires, Galerna, 1988, p. 90.

<sup>6</sup> En tal sentido considera el modernismo literario –más allá de cierta implicancia renovadora en el orden estético– como una de las primeras manifestaciones de la colonización espiritual. Con todo, entiende que esta generación del 900 “creía en el país” y “miraba hacia dentro”, y que fue finalmente derrotada por el “país oligárquico” y desvirtuada y negada por la generación siguiente. A la generación de 1930, en cambio, la caracteriza por su artificialidad, su oposición a todo pensamiento nacional, su arte evasivo y por ser “la sierva de la Argentina feudal”. Hernández Arregui, Juan José, *Imperialismo y cultura (la política en la inteligencia argentina)*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, *passim*. Este trabajo fue reeditado en 1964 y en 1973 sin mayores correcciones, aunque con algunas ampliaciones e inclusiones.

<sup>7</sup> Destaquemos que en este primer ensayo ya aparecen motivos frecuentes en su obra como la crítica a la prensa y a la inmigración, la oposición Buenos Aires-interior, y una perspectiva que reconoce en lo literario –y en lo cultural– un

Con respecto a las condiciones de recepción de la obra, si bien sabemos que los comunistas de entonces fueron prácticamente los únicos que realizaron algunas críticas y comentarios, contó con una amplia recepción entre sectores juveniles y/o universitarios. Nos interesa en particular el caso de Ortega Peña, que entonces militaba en el Partido Comunista (en adelante PC) y preparó su crítica -aunque no fue publicada- para la revista *Mar Dulce*, porque entabló a partir de entonces una relación prácticamente discipular con Hernández Arregui y, pese a su formación profesional como abogado, se destacó como ensayista histórico –junto a su colega Duhalde-.<sup>8</sup>

En el marco de la frustrante experiencia frondicista y de la derrota de la resistencia peronista, en 1960 vio la luz *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)* -quizá su obra más influyente-. Según Peña Lillo, las discusiones interminables con Hernández Arregui en torno al contrato de edición terminaron por malograr su proyecto de edición,<sup>9</sup> y el trabajo finalmente fue publicado por Hachea. En este libro, dedicado a Scalabrini Ortiz que había fallecido recientemente y con ilustraciones de Carpani, comienza por denunciar el dominio tanto material como sobre todo cultural-ideológico –e incluso historiográfico-de la “oligarquía terrateniente”, su liberalismo, su responsabilidad en el atraso argentino y la connivencia de los inmigrantes. Si bien impugna el sistema educativo en su conjunto, enjuicia con especial virulencia el papel de la Universidad.

En cierta forma, el trabajo está dedicado a condenar tanto a las izquierdas –en referencia al partido socialista (en adelante PS) y al PC- por su falta de conciencia nacional, como al “nacionalismo de derecha” por su extrañamiento del pueblo.<sup>10</sup> Con todo, intenta deslindar un

---

correlato de los aspectos socioeconómicos y políticos, como por ejemplo en su análisis de la polémica entre Boedo y Florida -aunque observe las limitaciones de ambos grupos-. *Ibidem*.

<sup>8</sup> Es más, fue autor del prólogo a la segunda edición del libro, en el que no sólo da cuenta de sus primeras experiencias político-ideológicas sino del amplio influjo ideológico de la obra, y saluda su “fecundidad revolucionaria”. Ortega Peña, Rodolfo, “Prólogo”, en *Imperialismo y cultura*, Juan José Hernández Arregui, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, pp. 7-13.

<sup>9</sup> Peña Lillo, Arturo, op. cit., pp. 104-105.

<sup>10</sup> Con respecto a las izquierdas, el cuestionamiento se centra en el caso del PS en la figura de Juan B. Justo y en su conducción “pequeño-burguesa”, en su base inmigrante, y en su internacionalismo que a su entender comporta la incompreensión de la “cuestión nacional”. Ésta última imputación también la esgrime contra el PC. En el caso del comunismo tampoco falta la crítica a su dirigencia “pequeño-burguesa” y en especial a Victorio Codovilla, aunque toma relevancia la denuncia tanto de su subordinación a las directivas y tácticas soviéticas -desde el Frente Popular hasta la Unión Democrática-, como de su dependencia de la historiografía “oficial”. Por último, disecciona al “intelectual de izquierda” y desmitifica a Lisandro de la Torre. En cuanto al nacionalismo, ensaya una genealogía, muestra su relación con la Iglesia católica y sus simpatías por los regímenes autoritarios y las jerarquías, así como lo caracteriza por ser antipopular y antidemocrático, por su hispanismo y su antiliberalismo, y sobre todo por su anticomunismo y por un origen social ganadero. Para nuestro análisis reviste importancia su consideración de los alcances y los límites del llamado revisionismo histórico. A su modo, cuestiona el decadentismo del nacionalismo, pero esto no le impide reconocer que la labor historiográfica fue su mayor aporte a la formación de la conciencia nacional. Por otra parte,

nacionalismo, que a diferencia del anterior, es popular y democrático y que en su momento Perón supo representar. Asimismo, realiza un pormenorizado análisis de los posicionamientos del grupo forjista: su latinoamericanismo, su crítica al “estatuto legal del coloniaje”, su neutralidad. A diferencia de las izquierdas y el nacionalismo de derecha que se opusieron tanto al yrigoyenismo como al peronismo, FORJA habría oficiado de “puente histórico” entre ambos movimientos populares. Nuestro autor reivindica en particular su denuncia del accionar del imperialismo británico en nuestro país –y en general de los capitales extranjeros-, y a las figuras de Scalabrini Ortiz y Jauretche. Tampoco omite señalar su origen “pequeño-burgués” y la ausencia de una política pro industrial y pro obrera. Prácticamente los dos últimos capítulos están dedicados a los alcances y en menor medida los límites del peronismo, a su caída, y a las interpretaciones equívocas del fenómeno peronista por parte de las izquierdas, no sin advertir acerca del desarrollo de una “izquierda nacional” –al tiempo que se atribuye la autoría del término- y de sus repercusiones en las ideas de Héctor Agosti y Sábato. Por último, postula una función progresiva –“anticolonialista”- tanto para la Iglesia como sobre todo para el Ejército; acaso como una invitación a reeditar la alianza peronista. Desde las páginas del primer número de *El Popular*, Carlos Strasser saludó la primera aparición de *La formación de la conciencia nacional*, no obstante señalar algunas “tesis confusas” y “apreciaciones controvertibles”.<sup>11</sup> Como quiera que sea, la obra fue reeditada en 1970 y en ese momento Hernández Arregui estuvo lejos de corroborar sus expectativas sobre la función de las fuerzas armadas.

En 1963 fue el turno de *¿Qué es el ser nacional?*, que también publicó la editorial Hachea, y contó con ilustraciones de Carpani y de Pascual di Bianco. Si bien fue escrito entre fines de 1962 y principios de 1963, Hernández Arregui reconoce su origen en una serie de conferencias que ofreció en varias provincias argentinas –generalmente en Facultades- y ante públicos ideológicamente heterogéneos. En cierta forma, es un ensayo escrito ante la expectativa que generan los enfrentamientos entre azules y colorados, y que muestra cierto optimismo frente al proceso de nacionalización ideológica de las izquierdas “gracias a la crítica de la *izquierda nacional* surgida con la caída de Perón”. El autor advierte acerca del tono polémico de su obra y de la presencia de conceptos y problemas que -aunque ampliados- ya había desarrollado en los trabajos anteriores, como el de la “alienación cultural”, y su crítica a la Universidad, y a los intelectuales por su falta de compromiso frente a la realidad nacional. Al mismo tiempo, reivindica el marxismo como método

---

celebra la obra de Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* –aunque disienta con respecto a su caracterización del roquismo-. Hernández Arregui, Juan José, *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Buenos Aires, Hachea, 1960, passim.

<sup>11</sup> Strasser, Carlos, “Acerca de una izquierda nacional”, en *El Popular. Hacia el pueblo por la verdad*, Año 1, Nº 1, Buenos Aires, 14/9/1960.

de investigación, y hace explícita su adscripción al movimiento peronista.<sup>12</sup> Si bien el autor reconoce cierto predominio del “tema nacional”, es en esta obra que asume una perspectiva más claramente continental. En el capítulo final, aborda los problemas de cada región –Antillas, Centroamérica, México, Brasil, los países del Pacífico, Bolivia, la cuenca del Plata-, y se pronuncia a favor de la unidad de América Latina en una confederación de naciones.<sup>13</sup>

Durante el final de la dictadura de Onganía, Hernández Arregui publicó *Nacionalismo y liberación (Metrópolis y colonias en la era del imperialismo)*. Al parecer, la obra estaba terminada en 1965 y sólo un motivo de salud personal postergó su edición. Al igual que su libro anterior, fue el producto de una serie de conferencias pronunciadas en diversas provincias, pero esta vez preferentemente en sedes sindicales, y que, en parte, acompañaron la irrupción de un sindicalismo combativo como ejemplifica el caso de la CGT de los Argentinos. A modo de introducción, nuestro autor reflexiona en torno del nacionalismo y el marxismo, en un intento por demostrar su compatibilidad. No sólo nos brinda definiciones de ambos, sino que intenta deslindar un “nacionalismo reaccionario” de un “nacionalismo revolucionario”, y un marxismo determinista de

---

<sup>12</sup> En los primeros capítulos ensaya una definición del “ser nacional” y lo relaciona con otros conceptos como los de “patria”, “comunidad nacional”, “cultura”, “cuestión nacional” y “cuestión colonial”. Así como rastrea sus orígenes históricos, enjuicia el papel de la “historiografía de los vencedores”, y brega por una historia que conceda protagonismo a las masas. De hecho, reivindica nuestro origen hispánico y el influjo indígena, y revisa tanto el sentido de la emancipación americana con el objeto de mostrar la gravitación inglesa y norteamericana asociada a las “clases altas” en el consecuente fraccionamiento, como los papeles y el ideario de Bolívar, San Martín, Echeverría, Alberdi y Sarmiento –ciertamente denostando su antinomia civilización-barbarie-. Resulta interesante su análisis sobre el dominio que ejerce Estados Unidos en el continente -desde el siglo XIX y atendiendo a las implicancias de la Doctrina Monroe-, y nuestro consiguiente retroceso cultural -desde el liberalismo romántico hasta el “positivismo oligárquico” asociado a una economía de monocultivo-, bajo la complicidad de nuestra “intelligentzia” y su sistema universitario. Hernández Arregui, Juan José, *¿Qué es el ser nacional? (La conciencia histórica hispanoamericana)*, Buenos Aires, Hachea, 1963, passim.

<sup>13</sup> Así, pues, refiere a la existencia de una “comunidad cultural hispanoamericana”-más allá de los influjos y la complicidad apuntadas-, en la que rescata el componente hispánico –principalmente el “folklore”, el idioma y ciertas tradiciones-, y los aportes indígenas y negros, y vuelve a cuestionar el accionar del sistema educativo. Igualmente destaca los obstáculos a la unificación –el papel del “imperialismo angloyanqui”, las “clases parasitarias del coloniaje”, el hambre y la demografía- y las relaciones complejas entre el “proletariado nacional” y la “burguesía industrialista” –y en general la “clase media” o “pequeño burguesía”-, así como el carácter perentorio de la organización sindical del proletariado y de la unidad hispanoamericana como presupuesto de la “liberación nacional”. Dicho sea de paso, es recurrente en este trabajo su preocupación por el arte hispanoamericano en sus diversas manifestaciones. Por otra parte, en la segunda edición de la obra se inserta en el debate contemporáneo a favor del uso de las denominaciones “América Hispánica” e “Hispanoamérica” y/o “América Ibérica” e “Iberoamérica” –e incluso “Indoiberia”-, y en detrimento del término “América Latina” –que por cierto había utilizado anteriormente y que ahora entiende como una forma de “colonización mental”-. Ídem, *¿Qué es el ser nacional? (La conciencia histórica iberoamericana)*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, p. 5.



un marxismo humanista. Así, pues, subraya el carácter prioritario de la revisión de la historia, y diferencia un “pensamiento nacional” de un “antipensamiento colonial” a través de las figuras –nuevamente- de Scalabrini Ortiz y de Borges. De hecho, señala la actualidad y la centralidad del marxismo, y se embarca en su defensa no sólo como método de investigación sino como concepción del mundo, al tiempo que plantea el tema de la cuestión nacional desde la perspectiva tanto de Marx y Engels como de Lenin. En suma, intenta conjugar su adhesión al marxismo y su opción por el peronismo. Asimismo, condena el accionar del imperialismo norteamericano a través de los organismos internacionales, y critica el proyecto desarrollista y la “estafa” del frondicismo. Por último, alude a la política argentina del momento centrándose en el peronismo –sobre todo, en los sucesos posteriores a su derrocamiento y en su frustrado retorno-, y en el sindicalismo –sus alcances y conflictos-. Prácticamente el ensayo se cierra con una especie de llamado a la unidad hispanoamericana y a la reorientación nacional del Ejército, y con una transcripción del manifiesto fundacional del grupo CONDOR.<sup>14</sup>

Sólo tres años después, en 1972, Hernández Arregui publicó *Peronismo y Socialismo*. Se trata de un nuevo ensayo, que, según sus biógrafos y el mismo autor, se diferencia de sus trabajos anteriores por el estilo más llano –“un lenguaje más bien periodístico”-, el público al que resueltamente va dirigido –“los trabajadores”- y una relativa justificación de la violencia; aunque no tanto por la temática centrada en el peronismo y las disyuntivas de su presente, o por la apuesta a la convergencia entre nacionalismo y socialismo. En cierta medida, las mayores críticas son para el sindicalismo argentino –aunque, por cierto, excluye a las líneas combativas con las cuales colabora-, y en particular para el vandomismo. Tampoco prescinde del cuestionamiento de la rama política del movimiento peronista, y sus consabidas apreciaciones acerca de la “clase media”, las izquierdas, la Universidad, los intelectuales y el Ejército. Sin duda, es un trabajo en el que ahonda en la ideología del peronismo y en su organización interna, y propone una renovación que ponga en primer plano su “radicalización ideológica”, a partir de la formación de cuadros revolucionarios y activistas que conformen una vanguardia revolucionaria, y la representación de los sindicatos y la juventud en la conducción política, entre otras consignas. Por supuesto, su propuesta no es ajena a las expectativas que genera tanto la “nacionalización de las izquierdas”, como sobre todo el posicionamiento de

---

<sup>14</sup> Si bien se detiene en el siglo XIX y analiza el proceso de constitución de las nacionalidades europeas, luego vuelve la mirada hacia el continente americano y en particular hacia el caso argentino. Tampoco prescinde de las definiciones y de distinguir entre el “nacionalismo europeo” y el “nacionalismo colonial”, así como tampoco de postular un “nacionalismo iberoamericano” y de emprender su propia revisión histórica. Los tres últimos capítulos, en cambio, se refieren al siglo XX. Aunque giran en torno a la misma problemática de los nacionalismos, entonces es objeto de análisis el fascismo europeo y cobra relevancia la crítica a la sociología germaniana. Ídem, *Nacionalismo y liberación (Metrópolis y colonias en la era del imperialismo)*, Buenos Aires, Hachea, 1969, passim.

Perón a favor del “socialismo nacional” –este último por cierto desmentido por lo menos desde su regreso en junio de 1973-.<sup>15</sup>

### **Los intelectuales y el peronismo<sup>16</sup>**

Es indudable que a la hora de reflexionar en torno a la relación de los intelectuales con el peronismo la figura del “intelectual antiperonista” resulta una imagen recurrente y ampliamente difundida. Ciertamente, la mayoría de los intelectuales –escritores, artistas y universitarios- formó en las filas de la oposición en la crucial coyuntura de 1945-1946, y su alineamiento se puede explicar, en parte, por el influjo de la dicotomía fascismo-antifascismo, que cristalizó en los años treinta y que se vio agudizada con los conflictos bélicos –en alusión a la guerra civil española y a la segunda guerra mundial-.

Claro que el intento de explicar el antiperonismo de los intelectuales en los años cincuenta implica nuevos desafíos, en la medida que el contexto internacional cambió y que el peronismo fue gobierno. Algunos autores optan por señalar la vigencia del conflicto del 45´ y sus diferentes formulaciones –totalitarismo-democracia, entre otras-. Tal es el caso de Silvia Sigal que lo explica por la perduración de aquel conflicto ideológico, y desestima la relevancia de los componentes populares del peronismo en los orígenes del antiperonismo intelectual.<sup>17</sup> Por otra parte, se suele hacer referencia al control estatal de la prensa y a la intervención de las universidades como políticas que no hicieron más que restar eventuales adhesiones y confirmar desafecciones. Ahora bien, sin negar la gravitación de la dicotomía fascismo-antifascismo y sus resignificaciones, creemos que es necesario buscar otras explicaciones –que quizás trasciendan el plano político-ideológico- para recuperar cierta capacidad y complejidad explicativa. Nos parece que si bien la política social de Perón y su proyección como líder popular pudieron pasar en buena medida

---

<sup>15</sup> En la introducción del trabajo, se refiere tanto a la crisis a él coetánea en términos de la declinación del imperialismo y la caída del colonialismo -entre otros-, como al avance de un nuevo orden social – que a su entender evidencian las guerras de liberación nacional de las colonias-: el socialismo, por el que se define explícitamente y al que augura una victoria inequívoca –en una postura no exenta de determinismo-. Ahora bien, nuevamente aparece la condena del dominio imperialista y el desarrollismo. También vuelve a hacer referencia a la situación nacional y a la “penetración ideológica”, así como a postular a la “clase obrera” como la auténtica “clase revolucionaria”. Ídem, *Peronismo y socialismo*, Buenos Aires, Corregidor, 1973, passim.

<sup>16</sup> Como es sabido, el concepto de “intelectual” ha sido objeto de definiciones múltiples. En el presente trabajo prescindimos de la noción de pertenencia, y lo utilizamos en un sentido amplio no sólo en tanto creadores o profesionales, sino como agentes de circulación de nociones y motivos. Véase Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, SigloXXI, 2002, pp. 6-10.

<sup>17</sup> Sigal, Silvia, “Intelectuales y peronismo”, en *Los años peronistas (1943-1955)*, Juan Carlos Torre (dir.), Nueva Historia Argentina, Tomo VIII, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, pp. 483-522.

inadvertidas en la coyuntura de 1945 para algunos círculos intelectuales, no deberían desestimarse las repercusiones de su singular contenido social a corto y, sobre todo, mediano plazo para esa misma intelectualidad. En tal sentido cobran relevancia las sugerencias de Eduardo Jozami al respecto, así como su invitación a reflexionar sobre las relaciones entre el peronismo y el mundo de la segunda posguerra, y entre las transformaciones sociales del primer peronismo y el llamado proceso de modernización cultural que se suele fechar a partir de 1956.<sup>18</sup> Por lo tanto, sin subestimar el clima ideológico marcado por el tema antifascista en el que se puede inscribir a ciertos sectores de la intelectualidad –y que en 1955 los llevó a levantar nuevamente las “banderas” de la libertad y la democracia-, creemos que tampoco se deben menospreciar el impacto de la transformación social del peronismo y el rechazo que su componente popular -y sus repercusiones a nivel socio-político y cultural- generaban en ciertos sectores sociales.

Ahora bien, el derrocamiento de Perón y la actitud de sus adversarios en el gobierno, así como la incidencia del contexto regional y, en particular, de la revolución cubana, coadyuvaron al proceso de relectura del fenómeno peronista que emprendió buena parte de la intelectualidad, y que llevó primero a la fractura y luego a la ruptura del consenso antiperonista en el campo intelectual -como ilustran con sus trabajos Jorge Cernadas, y Carlos Mangone y Jorge Warley para los casos de *Sur* y *Contorno*, respectivamente-.<sup>19</sup> Con todo, la bibliografía reciente también ha relativizado los términos de confrontación en la relación entre los intelectuales opositores y el gobierno peronista. No sólo se recuerda que las principales editoriales estuvieron en manos de los opositores y que éstos encontraron o crearon espacios alternativos de actuación –como ASCUA (Asociación Cultural Argentina para la Defensa y Superación de Mayo), sino que alcanzaron ciertas formas de compromiso –y/o de supervivencia-, como ilustra Flavia Fiorucci con el ejemplo de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores) y su proceso –o “estrategia”- de “despolitización” y los límites de su oposición –que prácticamente se circunscribió a defender los intereses gremiales-<sup>20</sup> o Ricardo Sidicaro con el caso de *La Nación*.<sup>21</sup>

---

<sup>18</sup> Jozami, Eduardo, “El peronismo y el mundo de la posguerra”, ponencia en las *Jornadas Internacionales 60 años de Peronismo*, Universidad Nacional de Tres de Febrero, noviembre de 2005; y, en menor medida, “La revista *De Frente*, un caso singular en el primer peronismo”, ponencia presentada en las *Jornadas de Historia* de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, noviembre de 2006.

<sup>19</sup> Cernadas, Jorge, “Notas sobre la desintegración del consenso antiperonista en el campo intelectual”, en *Cultura y Política en los años '60*, Oficina de Publicaciones del CBC, UBA, Buenos Aires, 1997, pp. 133-149; y AA.VV., *Contorno (selección)*, selección y prólogo por Carlos Mangone y Jorge Warley, Buenos Aires, CEAL, 1993, pp. I-IX.

<sup>20</sup> Fiorucci, Flavia, “Los escritores y la SADE. Entre la supervivencia y el antiperonismo: los límites de la oposición (1946-1956)”, en *Prismas*, N° 5, 2001, pp. 101-125.

<sup>21</sup> Sidicaro, Ricardo, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación. 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993, pp. 200-246.

Como quiera que sea, en nuestro caso, cobra relevancia la pregunta sobre el papel de los intelectuales peronistas o próximos al peronismo durante las dos primeras presidencias de Perón. En líneas generales, se suele hacer hincapié no sólo en su escaso número sino en su exigua relevancia y prestigio en el ámbito cultural –aunque por cierto se admiten excepciones-, al tiempo que, como hemos visto, se sostiene el mayoritario alineamiento antiperonista de los intelectuales de renombre. Tal vez no se haya insistido lo suficiente en los efectos que tuvo para la intelectualidad peronista el control que la oposición ejerció tanto de la industria editorial, como de las instancias de consagración en el campo cultural. No hemos de olvidar que también se vieron afectados por el control estatal de los medios de comunicación. Por otra parte, se debe insistir en la heterogeneidad de su procedencia político-ideológica –e incluso confesional-. Si bien en un principio fueron mayoritarios los intelectuales católicos, hemos de recordar también la adhesión de nacionalistas y de miembros de FORJA como Jauretche y Scalabrini Ortiz, entre otros. Asimismo, hay que tener presente el apoyo (a)crítico que brindaron al peronismo ensayistas de reconocida militancia en las izquierdas, como Puiggrós o Ramos. También se debe reconocer que su participación en puestos de decisión fue divergente. Así, pues, mientras se prefirió convocar a conservadores y/o católicos, los ex forjistas ocuparon lugares, en general, marginales, como ejemplifica la trayectoria de Jauretche que mantuvo con Perón una relación por lo menos compleja.

El itinerario de Hernández Arregui también ilustra esta última situación. Como hemos visto, si bien ejerció la función pública en el gobierno de la provincia de Buenos Aires bajo el amparo de Jauretche, sufrió el hostigamiento de un sector del peronismo que lo indujo finalmente a refugiarse en sus tareas docentes. Quizá la medida en que representaron posiciones disidentes y/o independientes no debe ser minimizada. Por lo menos en el caso de nuestro autor, tanto su “marxismo” como su “ateísmo” parecieron ser motivos de sospecha y reprobación. Pero nos parece que menos aún se pueden obviar los conflictos al interior del gobierno y las distinciones entre la esfera política y la cultural, en la medida que la conducción política lejos estaba de ser delegada a figuras que no mostraran obsecuencia, mientras que en el frente cultural se toleraba relativamente cierta pluralidad. Igualmente quisiera recordar que a pesar de haber mantenido una relación epistolar con Perón y de haber sido artífice de una obra que fue objeto de su ponderación, nuestro autor no fue convocado a colaborar en su tercer gobierno. Si bien Hernández Arregui se mantuvo en general alejado de la política partidaria activa, no sufrieron mayores cambios ni su apreciación del contenido social del peronismo, ni tampoco su ubicación intraperonista –más allá de las propuestas de constituir una fuerza política independiente que le hicieron en diferentes momentos desde Scalabrini Ortiz hasta Ramos-. Otro motivo de reflexión puede ser su destacado “antiintelectualismo”. Según Néstor Kohan, que considera el antiintelectualismo una invención más de los intelectuales, Hernández Arregui contribuyó sobremanera con sus libros al rechazo de raíz

populista hacia los intelectuales, y se encargó de reelaborar y recrear gran parte de los “mitos antiintelectualistas que limitaron y trabaron trágicamente la lucha contrahegemónica de la izquierda peronista”.<sup>22</sup> Creemos que en su caso se trata de una operación de crítica cultural, que centra su cuestionamiento en las clases medias o “pequeña burguesía” –sector social al que el autor pertenece-, y que comporta una requisitoria y una condena a la intelectualidad por su distanciamiento de la realidad nacional y su papel funcional a los intereses de los sectores dominantes -una crítica que, como señala Carlos Altamirano, estuvo bastante extendida-.<sup>23</sup> No obstante, por lo menos en algunos sectores de la intelectualidad de izquierdas Hernández Arregui observa –y saluda- un proceso gradual de nacionalización.

### **Entre confluencias y controversias**

El caso de Hernández Arregui tampoco está exento de las dificultades y/o riesgos que implica toda clasificación política e historiográfica, como demuestra Fernando Devoto cuando problematiza desde una perspectiva que asume la diversidad de sus objetos de estudio, la relación entre el revisionismo de los '30 y la “izquierda nacional”.<sup>24</sup> Por un lado, es posible observar que nuestro autor ha sido etiquetado dentro de la “izquierda nacionalista” afín al peronismo, del “nacionalismo popular” y/o de la “izquierda nacional” –expresión de la que, como hemos visto, nuestro autor reclama la autoría, y en la que ideológicamente se inscribe, aunque no sin tensiones-.<sup>25</sup> Por otro lado, tampoco se pueden desatender sus complejas relaciones con el peronismo -sobre todo cuando estuvo en el poder, y en menor medida cuando fue oposición-, que no obstante nunca lo llevaron a emprender empresas políticas autónomas.

A modo de biografía sumaria, hemos dado cuenta de su militancia política en el radicalismo yrigoyenista, de su paso por el sabattinismo cordobés y de su posterior –y definitiva, aunque no exenta de tensiones- opción por el peronismo. Por supuesto, la sociabilidad política no lo excluyó del influjo y la amistad de intelectuales forjistas, aunque también de algunos trotskistas. De hecho, son los años finales de la segunda presidencia de Perón y el segundo quinquenio de la década de 1950 -o si se prefiere los años de crisis del peronismo en el poder, y de su posterior derrocamiento, represión y proscripción- los que se pueden presentar como momentos de encuentros y diálogos, en

---

<sup>22</sup> Kohan, Néstor, *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Buenos Aires, Biblos, 2000, nota 33 y p. 249.

<sup>23</sup> Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001, pp. 81-105.

<sup>24</sup> Devoto, Fernando, “Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina”, en Fernando Devoto y Nora Pagano (Eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, pp. 107-131.

<sup>25</sup> Kohan, Néstor, op.cit., pp. 224 y 244-250.

los que es posible observar cierta apertura en materia cultural-ideológica sobre todo hacia algunos sectores de las izquierdas -y en menor medida del nacionalismo-, aunque también los estrictos límites de su adhesión política. Así, pues, en 1954 integró la Comisión de Homenaje a Manuel Ugarte, con motivo de la repatriación de sus restos, junto con John William Cooke, Puiggrós, Ramos, Manuel Gálvez, Elías Castelnuovo, Homero Manzi, Leopoldo Marechal, Alicia Eguren y Jauretche, entre otros. No nos ha de extrañar, pues, que no haya participado en el Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN), que contó entre sus filas con socialistas disidentes como Enrique y Emilio Dickmann, con militantes trotskistas de la talla de Enrique Rivera, Nahuel Moreno, Rey, Ramos y su discípulo Jorge Enea Spilimbergo, y con ex-comunistas como Eduardo Astesano –dando muestra de una heterogeneidad de procedencias que en efecto coartó su desarrollo-.<sup>26</sup> Como quiera que sea, tampoco Strasser logró convencerlo de participar en su estudio sobre las izquierdas argentinas, basado en reportajes y un cuestionario a autores representativos de las diversas tendencias.<sup>27</sup>

Si atendemos a las caracterizaciones –o miradas- externas, el número especial de la revista comunista *Cuadernos de cultura* dedicado a analizar el problema de “la izquierda”, puede servir de referencia de las reacciones adversas que suscitaba la difusión de las ideas de la “izquierda nacional”, así como de la confusión reinante. A la hora de polemizar y señalar imposturas, la “neoizquierda o izquierda nacional” –caracterizada como un “verdadero conglomerado pequeño burgués, esencialmente intelectual”- es censurada por su “pretensión de crear una izquierda que supere el marxismo” y por su misión “confusionista, divisionista, servidora de la reacción”, así como por sus coincidencias en torno a la idea de “una izquierda sin comunistas” y a la “idealización del obrerismo de Perón”, que en el caso de Ramos y Hernández Arregui se considera que alcanza también al ejército y a su deseado “reencuentro” con el movimiento sindical.<sup>28</sup> De igual modo, se pueden observar los comentarios hostiles de las derechas –o si se prefiere del nacionalismo tradicional- a través de los escritos de Mario Amadeo y Marcelo Sánchez Sorondo, incluidos en el libro *La Izquierda Nacional en la Argentina*, que publicaron Ramos –bajo el seudónimo de Ernesto Pacheco- y el intelectual uruguayo Alberto Methol Ferré, y en el que también se incluyen algunas reflexiones de Hernández Arregui como representativas de la “corriente”.<sup>29</sup>

---

<sup>26</sup> Galasso, Norberto, *La Izquierda Nacional y el FIP*, Buenos Aires, CEAL, 1983, pp. 79-86.

<sup>27</sup> Strasser, Carlos, *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959, p. 25.

<sup>28</sup> Los comunistas, no sólo lamentaban que el nacionalismo en su combate contra el liberalismo haya arrastrado “lo que es, en lo político, pensamiento democrático y laico”, sino que juzgaban críticamente las repercusiones de algunas revistas de la “neoizquierda”, como *El Popular*. Véase Giudici, Ernesto, “Neocapitalismo, neosocialismo, neomarxismo”, Año XI, Nº 50, noviembre-diciembre de 1960, pp. 13-14, 27-29 y 42.

<sup>29</sup> Methol Ferré, Alberto, *La Izquierda Nacional en la Argentina*, Buenos Aires, Coyoacán, s/f.

De alguna manera, si prescindimos de su moción de pertenencia a la “izquierda nacional”, igualmente podemos dar cuenta de sus vínculos frecuentes con Rey, Ramos, Spilimbergo y Rivera, en el marco de la dura represión militar que siguió al quiebre institucional de 1955 y que se prolongó durante varios años. Tal es así que participó en la singular revista *El Popular (Hacia el pueblo por la verdad)* que, bajo la dirección de Jorge García Zárate y la impronta de Strasser, se publicó en 1960.<sup>30</sup> En sus páginas entabló una especie de “diálogo” –no sin vetas polémicas- con Ramos. Mientras Ramos señala los aciertos y los límites de *La formación de la conciencia...*, y en cierta forma del posicionamiento de su autor; el segundo retribuye los elogios, pero también ratifica su “condición de peronista y marxista”, y defiende la ubicación intraperonista para la izquierda nacional que concebía como un movimiento ideológico.<sup>31</sup> A pesar del tono en general conciliador, allí ya estaba esbozada su diferente apreciación de la izquierda nacional en cuanto a las posibilidades de transformación en un movimiento político –que Ramos defendía y Hernández Arregui negaba-.

No obstante las divergencias apuntadas –que por el momento fueron relegadas a un segundo plano-, nuestro autor también colaboró en el semanario *Política*, que se publicó en 1961 bajo la dirección de Ramos. En su artículo refrenda su idea acerca del basamento de la izquierda nacional en la “comprensión del contenido nacional y revolucionario del peronismo”, así como se hace eco de la proyección de la revolución cubana y de las críticas de los comunistas en el número de *Cuadernos de Cultura* aludido. Dicho sea de paso, discrepamos con la lectura y/o impresión de Galasso, que entiende a las cavilaciones de Hernández Arregui como un proyecto a futuro de

---

<sup>30</sup> Quisiera destacar que las miradas contradictorias que muestran sus artículos –más allá de la asunción explícita de una posición nacional y popular- eran, en parte, una consecuencia de la procedencia política e ideológica heterogénea de sus colaboradores: Fermín Chávez, Ismael Viñas, Sabato, Jauretche, Strasser, Puiggrós, Astesano y Ramos, entre otros. Por ello es que la publicación puede ser pensada tanto como un espacio de convergencia, cuanto como un reflejo de los equívocos a los que por entonces daban lugar el peronismo y la singular coyuntura histórica. En tal sentido, el tema de la “izquierda nacional” es una preocupación recurrente en la misma, en especial de Strasser que, como hemos visto, dio cuenta de la aparición de *La formación de la conciencia nacional...*, aunque sus artículos también sirven de muestra de la confusión reinante: “Entre quienes podríamos señalar como *incursos*, en esta izquierda nacional, más allá de importantes matices diferenciales que en último análisis los separan, están Rodolfo Puiggrós, Ismael Viñas, John William Cooke, J. J. Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos. Cada uno de ellos, desde ángulos no del todo coincidentes, enfoca la realidad argentina con un criterio marxista apreciablemente distinto al tradicional criterio marxista proclamado por los partidos Socialista y Comunista”. Strasser, Carlos, “Acerca de una izquierda nacional”, *El Popular*, Año 1, N° 1, 14/9/1960. También se puede consultar: Ídem, “Otra vez sobre una izquierda nacional”, *Ibíd.*, Año 1, N° 2, 21/9/1960.

<sup>31</sup> Ramos, Jorge Abelardo, *Ibíd.*, Año 1, N° 11, 2/12/1960, y Hernández Arregui, Juan José, “Un doble enfoque sobre la izquierda nacional en la Argentina”, *Ibíd.*, Año 1, N° 12, 9/12/1960.

organización política independiente.<sup>32</sup> Más bien, en esas reflexiones pensamos que se bosqueja la experiencia de CÓNDOR.<sup>33</sup> Con todo, una vez que Ramos decidió crear en 1962 el PSIN, sus primigenias discrepancias devinieron en abierta ruptura. A partir de entonces se percibe en Hernández Arregui ciertos reparos y reticencias en su patrocinio e identificación con la “izquierda nacional”, en la medida que Ramos intentó arrogarse su representación -no sólo- política. Desde las páginas de las publicaciones periódicas del “grupo” de Ramos no se privaron de tildarlo de “peronista”, en lo que a su entender era una descalificación, y de negar su carácter de “marxista” y su inclusión en la “izquierda nacional”, o de hostigar a sus discípulos Ortega Peña y Duhalde en su calidad de ex comunistas y de peronistas.<sup>34</sup>

Ciertamente, otros cultores de la izquierda nacional, como Rivera, compartieron con nuestro autor la impugnación a la apuesta partidaria de Ramos. No obstante, Hernández Arregui también polemizó con aquél con motivo de la publicación en el anexo a la segunda edición de *La formación de la conciencia...* de un informe de Rivera sobre el PSRN. En suma, el eje de la polémica giró en torno de la política económica peronista, frente a la cual Rivera pareció mostrar mayores reparos, y

---

<sup>32</sup> Ídem, “Izquierda Nacional y realidad argentina”, *Política*, Año 1, 2ª época, Nº 1, 28/2/1961; y Galasso, Norberto, *Juan José Hernández Arregui...*, op. cit., pp. 114-115.

<sup>33</sup> Ahora bien, alguna mención merece la experiencia aunque efímera de CONDOR. Al parecer, en su origen reviste importancia la coyuntura electoral de 1963 y cierta disconformidad con la actuación del peronismo. Así, pues, Hernández Arregui colaboró en la organización de CONDOR en tanto “centro ideológico” y no partidario, junto con otros intelectuales peronistas y de la izquierda nacional, como Ortega Peña, Duhalde y Oscar Balestieri, y Carpani, Alberto Belloni, Rubén Bortnik y Rubén Borello, respectivamente. Según su propio manifiesto –al parecer, escrito por nuestro autor-, el grupo expresa su solidaridad frente a las luchas anticolonialistas y se pronuncia a favor de la unificación latinoamericana y de una perspectiva marxista -que trasciende ampliamente lo metodológico y se convierte en una defensa explícita del marxismo como “sistema de ideas”-, así como en contra del desarrollismo y del “colonato mental”. Asimismo, se propone elevar el “nivel político” de los dirigentes sindicales y de los “militantes obreros”, “actuar ideológicamente sobre el Ejército” y contribuir al “proceso de nacionalización” de sectores de la “clase media”, en gran parte mediante una “revisión de la historia argentina” que devuelva el protagonismo histórico a las masas y de cuenta de los vínculos entre las montoneras federales y el proletariado industrial. Si bien el grupo eligió hacer su primera aparición pública el 4 de junio de 1964 –una fecha por demás simbólica- colgando un retrato de Felipe Varela –realizado por Carpani- al cuello de Mitre en el monumento de Plaza Francia, al poco tiempo se disolvió por ciertas desavenencias. *C.O.N.D.O.R (Manifiesto preliminar al país)*, Buenos Aires, CONDOR, 1964.

<sup>34</sup> Véanse a modo de ejemplo: “La izquierda nacional y sus amables interlocutores. Revista de la prensa no adicta”, *Izquierda Nacional*, Nº 6, abril de 1964, pp. 21-24; y “Lecturas críticas”, *Ibidem*, Nº 26, octubre de 1973, pp. 47-48. Con todo, también dieron cuenta del atentado que sufrió Hernández Arregui en 1972, calificándolo como un intelectual peronista, y de su fallecimiento en 1974, señalando sus enseñanzas y contribuciones al pensamiento popular. Véanse, “Los ponebombas de la derecha”, *Izquierda Popular*, Año I, Nº 6, 9 al 23 de noviembre de 1972, p. 8; y “Hernández Arregui”, *Ibidem*, Año III, Nº 41, segunda quincena de septiembre de 1974, p. 4.



de la posibilidad de una organización política independiente, ante la cual nuestro autor refrendó su anterior posición.<sup>35</sup>

De su relación compleja con el peronismo y, en cierta forma, también de su adhesión al mismo –en parte, subordinada a sus expectativas de radicalización-, dan cuenta sus últimas empresas editoriales. Nos referimos a la revista *Peronismo y socialismo*. El primer número de la publicación vio la luz en septiembre de 1973, bajo la dirección de Hernández Arregui, con una ilustración de Carpani en la tapa, y con la colaboración de los redactores Horacio Casco, César Sánchez y Mario dos Santos -y hasta de su propio hijo-. A pesar del desconcierto que generaba la lucha intraperonista y el reposicionamiento de Perón, en el editorial a su cargo Hernández Arregui muestra nuevamente un tono conciliador –y no menos problemático-, al tiempo que censura los métodos violentos. No obstante, arremete contra ciertas dirigencias tanto sindicales como del Ejército.<sup>36</sup> No es poco motivo de reflexión el hecho de que en 1974 Hernández Arregui decidió volver a publicar la revista, pero esta vez con otro nombre: *Peronismo y liberación*, es decir, prescindiendo del término “socialismo” y aludiendo –a modo de excusa- a un intento de evitar equívocos.<sup>37</sup>

También ameritan alusión sus vínculos no menos problemáticos con el nacionalismo “tradicional”. A modo de ejemplos –por cierto, sumarios y relativamente contrapuestos- quizás sirva recordar, por un lado, que nunca formó parte del Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas” (IIHJMR), que desde su creación en 1938 había nucleado a los más célebres exponentes de la revisión histórica, y, por otro lado, que sus obras consideradas más importantes – como *Imperialismo y cultura* y *La formación de la conciencia...*- fueron reeditadas por el sello editorial Plus Ultra de indudables conexiones con el nacionalismo.

### **El lugar de la Historia**

Sin forzar demasiado las cosas se puede afirmar que la labor y la crítica historiográfica ocuparon un lugar destacado en la producción intelectual de Hernández Arregui, aunque

---

<sup>35</sup> Hernández Arregui, Juan José, *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Buenos Aires, Corregidor, 2004, pp. 395-402.

<sup>36</sup> Entre los articulistas de este primer número -y único con dicho nombre-, figuran Raimundo Ongaro, Fernando Solanas y Octavio Getino, Rogelio García Lupo, y Leónidas Lamborghini, entre tantos otros. Asimismo, se puede encontrar un texto de Perón en el que reconoce su acercamiento metodológico al marxismo -claro que en realidad es una carta a nuestro autor fechada en 1969-. Perón, Juan Domingo, *Peronismo y socialismo*, N° 1, setiembre de 1973, p. 25.

<sup>37</sup> En este “segundo” número, que apareció luego de la muerte de Perón, colaboraron nuevamente Leónidas Lamborghini, César Arias y Julio Guillén, entre otros. Véase *Peronismo y liberación*, agosto de 1974.

ciertamente menor en su vida profesional si recordamos que, prácticamente, su actuación como docente universitario en Historia se redujo a los años de gobierno del primer peronismo.

Creemos que quizás se ha desatendido la medida en que intento dar forma a una línea histórica basada en la recomposición de las masas como protagonistas de la historia y exenta de atemperación con el rosismo. Así, pues, desde el prefacio a la primera edición de un trabajo prácticamente pionero como *Imperialismo y cultura*, es posible observar su peculiar forma de aunar la labor revisionista y la crítica historiográfica. En una incipiente y original aproximación historiográfica –que se mantuvo incólume– cuestiona a la vez a las tendencias nacionalista y liberal –organizadas en torno a “Rosas” y a “Mayo y Caseros”, respectivamente–, al tiempo que las reconoce como meras “fracciones rivales de la burguesía nacional” y a la “clase obrera” como su “piedra de toque”, en alusión a las proyecciones de sus equívocos con el peronismo. En cierta forma, su lectura de la historia “nacional” entre 1810 y 1853 gira en torno de la lucha del interior –prácticamente por su subsistencia en la medida que el comercio libre habría significado el estancamiento de sus industrias locales– contra Buenos Aires –representada por la “burguesía comercial porteña” y los “hacendados bonaerenses”, que se habrían finalmente fundido en la “clase terrateniente”–. Se destaca también la gravitación de Inglaterra en nuestra independencia política y posterior desarrollo –aliada a las “oligarquías nativas”–, así como en el “descrédito hacia todo lo español”. No menos relevante parece la homologación de Rivadavia, y Rosas –y en menor medida de Urquiza– merced a sus políticas favorables a los intereses de esa “clase terrateniente” en formación y de la “provincia metrópoli” –trazando un curioso paralelismo entre el “trust saladeril” de la época de Rosas y los futuros frigoríficos, en virtud del control por Inglaterra del comercio de carnes–, así como tampoco su aseveración acerca del carácter dual de Rosas en tanto provinciano y porteño, y sus efectos. En la medida que explica a Caseros por motivos económicos –el avance de los “hacendados del litoral” que no acaba con el predominio porteño–, también destaca el legado de Rosas: el haber sentado las bases de –o el haber brindado las herramientas para– la organización económica y política del país. Desde 1853 las condenas se reparten entre el mitrismo y el roquismo, mientras reivindica el accionar del caudillaje y las montoneras federales como defensa frente al avance conjunto de la “oligarquía nativa” y el capital inglés. También advierte sobre el sentido del “federalismo porteño”, y cuestiona la “colonización mental” y su influjo en la inmigración.<sup>38</sup>

En términos generales, compartimos la interpretación de Piñeiro con respecto a que Hernández Arregui encarnó un proyecto de reconstrucción de la historia cultural argentina y americana desde las perspectivas de las masas populares, y que, en consecuencia, no intentó una

---

<sup>38</sup> Hernández Arregui, Juan José, “Prefacio”, en *Imperialismo y cultura (la política en la inteligencia argentina)*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, pp. 5-19.

historia institucional contrafáctica como la de los llamados revisionistas.<sup>39</sup> Asimismo, en la medida que no tuvo concesiones con el rosismo -excepto por su concepción de la política de Rosas como “no antinacional”-, y que tampoco suscribió el paralelismo entre Rosas y Perón -que en buena medida habían difundido los opositores al peronismo en el gobierno-, y analizó a Perón y al peronismo en estrecha relación con los sectores obreros, sus relaciones con los revisionistas “tradicionales” no pudieron ser menos que complejas. Sus discípulos Ortega Peña y Duhalde, en cambio, estuvieron más dispuestos a arreglos y adecuaciones, que en definitiva los llevaron a integrar el Consejo Superior del IHHJR, aunque ciertamente no sin profundas tensiones.<sup>40</sup>

Por otra parte, la imbricación entre inquietudes políticas e intereses historiográficos que muestran sus trabajos -que por cierto no le es privativa-, tampoco lo exoneró de otros alejamientos -o si se prefiere silenciamientos-.<sup>41</sup> No resulta sorprendente, pues, que su lectura historiográfica no haya contado con la aprobación de la llamada historiografía “oficial”, así como tampoco de los exponentes de la “renovación” encabezados por José Luis Romero -a quien por cierto fustigó desde las páginas de *Qué*-. En efecto, su consideración de la historia como una herramienta política o un medio para alcanzar otros fines, marca una distancia infranqueable con la de aquellos que la ven como un fin en sí misma.

Como quiera que sea, si bien es difícil determinar -más allá de sus cartas plagadas de elogios- hasta qué punto Perón pudo suscribir sus tesis historiográficas, no sólo por su conocido pragmatismo político y su cultivada ambigüedad, sino también por su clara negativa a inmiscuirse en el debate historiográfico -por lo menos mientras estuvo en el gobierno-, es indudable la popularidad que alcanzaron entre la juventud universitaria y/o peronista. De hecho, es sabido que sus obras fueron bibliografía obligatoria en las llamadas “cátedras nacionales” de la carrera de Sociología, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, así como también es posible encontrar sus referencias historiográficas en las publicaciones periódicas que aparecieron en el contexto de dichas cátedras, como *Antropología 3er. Mundo (ATM)* y *Envido*.<sup>42</sup> Tal vez otro motivo interesante

---

<sup>39</sup> Piñeiro Iñiguez, Carlos, *Hernández Arregui, intelectual peronista...*, op. cit., p. 70.

<sup>40</sup> Eidelman, Ariel, “Militancia e historia en el peronismo revolucionario de los años 60: Ortega Peña y Duhalde”, *Estudios críticos sobre Historia Reciente. Los '60 y '70 en Argentina*, Parte II, Cuaderno de Trabajo N° 31, Buenos Aires, Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, enero de 2004; y Stortini, Julio, “Polémicas y crisis en el revisionismo argentino: el caso del Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas” (1955-1971)”, en Fernando Devoto y Nora Pagano (Eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante...*, op. cit., pp. 81-106.

<sup>41</sup> En sucesivas ocasiones afirmó: “mis libros no son de investigación sino de lucha”. Hernández Arregui, Juan José, *¿Qué es el ser nacional? (La conciencia histórica hispanoamericana)*..., op.cit., p. 13.

<sup>42</sup> A modo de ejemplo, se pueden consultar: Franco, Pablo, “Doctrina de la liberación y sociología crítica”, *ATM*, Año 2, N° 6, pp. 119-138; Feinman, José Pablo, “Complementación y libre cambio: el extraño nacionalismo de José

de reflexión –que excede nuestros propósitos-puede ser su influencia en las lecturas del pasado nacional de las organizaciones armadas –a las que por cierto nunca se sumó-.

### **A modo de conclusión**

Al parecer, Hernández Arregui a través de sus libros no se propuso tanto la revisión del papel del peronismo, cuanto facilitar el acercamiento a él de diferentes sectores de la sociedad argentina. Quizás tampoco sea necesario aclarar que buena parte de estos planteos no fueron de su autoría exclusiva. Con todo, su mayor legado no deja de ser una obra polémica y de divulgación, con amplios efectos en el debate y en el cambio político-cultural. Una obra que, en cierta forma, nos sigue interpelando a través del eje “liberación-coloniaje”, y que se inscribe en una empresa, por cierto, quimérica. En efecto, se trató de una empresa que intentó aunar -no sin contradicciones y ambigüedades- su adhesión tanto al marxismo como al peronismo –entendido como máxima expresión de la representación popular-, prácticamente sin renunciar no sólo a su espíritu crítico e independiente sino, al mismo tiempo, a su confianza en el giro a la izquierda –o revolucionario- del peronismo. Así como parte de sus esperanzas se vieron frustradas, entendemos, en síntesis, que la trayectoria de Hernández Arregui se vio sumida en el dilema de haber sido considerado –generalmente y no sin simplificaciones- un hombre de izquierda –“un marxista”- por los peronistas y un “nacionalista” por las izquierdas. De alguna manera, el trabajo también implica cierta revisión de las concepciones en torno de los vínculos del primer peronismo con el mundo de la cultura, en la medida que, sin negar la gravitación del motivo antifascista, se reflexiona sobre los efectos de su inflexión igualitaria en los posicionamientos y las representaciones de los intelectuales.

---

Hernández”, *Envido*, Año 1, N° 1, julio de 1970, pp. 10-27; y González, Santiago, “Manzi y Discépolo: el tango en la década infame, *Ibíd.*, Año II, N° 4, setiembre de 1971, pp. 47-56. Ciertamente, varios documentos de las “cátedras nacionales” fueron reproducidos en el anexo a la segunda edición de *La formación de la conciencia nacional*.